

La especie humana tiene 195 000 años de antigüedad, y ha llevado una vida sedentaria basada en la agricultura por solo 10,000 años (la historia) el 97% de la existencia en la tierra se basa en la recolección y la caza.

Revolución agrícola

Desde el principio de los tiempos, la primera necesidad de Homo Sapiens, fue su propia subsistencia. En un principio su alimentación, al igual que los animales a quienes acompañaba, comían lo primero que encontraban por el camino, siendo su principal dieta, los productos naturales que la tierra le ofrecía, especialmente productos vegetales. Así vivió muchos años, hasta que hace unos 12.000 años, descubrió y utilizó la ganadería y la agricultura.

En los tiempos en que vivimos actualmente, cada vez más historiadores, proclaman que la salida del paraíso indicada en los libros bíblicos, coincide exactamente con la implantación de la agricultura y la ganadería muchos milenios atrás.

Hasta ese momento, los hombres, por llamarlos de alguna manera, vivían en pequeños grupos alimentándose en cantidad suficiente, ingiriendo lo que encontraban por el camino, sin gran esfuerzo. La llegada de la agricultura y consecuentemente de la ganadería, les obligaba a unirse a aquellos llamémosle "grupillos", en concentraciones de población humanas mucho más numerosas. En estas condiciones tenían que relacionarse unos con otros, para poder realizar las tareas agrarias, dando origen a diferencias de opinión, de reparto e incluso continuas disputas por conseguir "los favores" de las hembras de todo el poblado, por citar unas pocas "discrepancias" entre unos y otros. Pasando el tiempo, en el mundo que conocemos, desde hace milenios, su población procedía del medio rural, es decir vivían del campo y para el campo.

Muchos de ellos consumían lo que producían y un pequeño exceso de su producción, lo vendían o lo cambiaban por otros productos generando un pequeño comercio. La importancia y trascendencia de la Revolución Industrial fue tan grande y novedosa que, con frecuencia, se olvida lo mucho que significaron las transformaciones anteriores, del mundo agrario en la historia del siglo XIX. En los tiempos pasados, la principal fuente de riqueza era la agricultura en la que trabajaba más del 80% de la población. Los diezmos, los arriendos, los derechos señoriales y los impuestos que pagaban los campesinos, proporcionaban la mayor parte de las rentas de la Iglesia, la nobleza y el Estado. Las técnicas agrícolas eran arcaicas y consecuentemente los rendimientos. La vida agrícola se modificaba muy poco de generación en generación, si bien a largo plazo hubo un aumento de la producción. Este aumento se logró en parte gracias al arado de nuevas tierras y en parte debido a una lenta mejora de los medios de cultivo. Los mayores avances en la técnica agrícola se iniciaron en el siglo XVII en Holanda, de donde pasaron a Inglaterra. El aislamiento en que se desenvolvían las comunidades rurales se explicaba en parte por la lentitud y carestía de los transportes, sobre todo terrestres.

Los vehículos difícilmente alcanzaban los 4 ó 5 km/h y en ciertas comarcas montañosas ni siquiera se podían emplear. La carestía del transporte era un condicionante decisivo del

comercio. En las comarcas rurales, la mayoría de la población vivía al margen de los circuitos comerciales.

Gastronomía medieval

Los hombres y mujeres de la Edad Media realizaban, por lo general, dos comidas al día: el almuerzo (el equivalente medieval en la actualidad es la comida) en torno al mediodía, y la cena, más ligera y temprana que en la actualidad. El desayuno era, por razones prácticas, elaborado para muchos trabajadores, niños, mujeres y enfermos, siempre a horas muy tempranas. Las cenas a altas horas de la noche y los banquetes en los que solía haber considerables cantidades de alcohol eran considerados inmorales. La comida medieval era ingerida principalmente por ayuda de cucharas. Se empleaba el cuchillo en la mesa, pero generalmente no se incluía con el plato ya que se esperaba que cada uno de los comensales llevara consigo uno propio. El uso del tenedor no se extendió hasta la era moderna; en sus inicios sólo era común su empleo en Italia, debido a que se utilizaba para comer la pasta. La práctica más habitual era compartir las copas y recipientes donde se bebía. Antes de la comida y tras el transcurso de la misma se ofrecían a los asistentes palanganas con agua y unas toallas para que se limpiaran la cara y las manos. Generalmente, los banquetes y las comidas colectivas eran considerados eventos masculinos, y no era habitual que las mujeres asistieran a este tipo de fiestas.

PRINCIPALES ALIMENTOS: El cereal, generalmente en forma de pan, era el alimento más común entre todas las clases sociales. Se estima que el consumo de pan pudo llegar a alcanzar el kilo o kilo y medio por persona y día. Los granos más empleados para su elaboración eran el trigo, el centeno, la cebada, el mijo y la avena. El trigo se consideraba el cereal más nutritivo, y las harinas refinadas de trigo se reservaban para la elaboración del pan blanco que comían las clases altas, mientras que las clases bajas consumían harinas menos refinadas y su pan era más negro y con mayor contenido de salvado. Durante los periodos de escasez en las cosechas de cereal se empleaban como sustitutos algunos frutos secos tales como las nueces o las legumbres secas. La alternativa para aquellos que no podían adquirir pan era la elaboración de gachas (papillas de harina tostada y luego cocida con agua). Muchos vegetales, como las coles, las remolachas, las cebollas, el ajo (del que se decía que protegía de la peste y otras enfermedades) y la zanahoria se consideraban también materiales alimenticios primarios. Aún no se conocían la patata ni el tomate, que serían traídos de América por los españoles ya en la Edad Moderna. Varias legumbres, como los garbanzos, las habas y los guisantes eran considerados como las fuentes más importantes de proteína; el arroz, introducido por los musulmanes, tardó más en llegar a la dieta europea occidental. Por lo general, los vegetales y las legumbres solían cocinarse en forma de potajes, sopas o estofados. La fruta fue muy popular y se sirvió generalmente fresca, seca o en conserva. Las frutas preferidas en el sur de Europa eran los limones, las naranjas amargas (la variante dulce no llegó a emplearse hasta varios siglos después) y los pomelos (estos tres cítricos fueron traídos de Oriente por los árabes), los higos, las ciruelas, los membrillos y, por supuesto, las uvas. En el norte de Europa, las manzanas, las peras y las fresas eran las frutas más comunes. En la Edad Media existían siempre serias dudas acerca de la pureza del agua, por lo que los médicos advertían con frecuencia contra su consumo, superado ampliamente por el de

bebidas alcohólicas como el vino, la cerveza, la hidromiel (bebida fermentada a base de miel y agua) o la sidra. La leche fresca y los productos lácteos eran mucho menos comunes de lo que son hoy en día, debido en parte a la falta de tecnología necesaria para procesarlos y conservarlos; una alternativa, empleada en los postres, era el consumo de leche de almendras. El vino tenía el prestigio social más alto entre todas las bebidas y también se consideraba como la opción más sana: el consumo de vino con moderación (y con frecuencia rebajado con agua), se consideraba como una ayuda para la digestión, para generar "buena sangre" y para mejorar el humor. Con frecuencia se tomaban también vinos especiados, que se elaboraban mezclando un vino ordinario (generalmente tinto) con azúcar y un surtido de especias tales como jengibre, cardamomo, pimienta, nuez moscada o clavos. La carne era, por lo general, un alimento reservado a las clases pudientes, entre las que era común el consumo de carne procedente de la caza y de animales domesticados (ovejas, cabras).

La carne de ternera no era tan común como hoy porque la cría de ganado era una tarea muy relacionada con las labores agrícolas, por lo que los bueyes y las vacas eran mucho más valiosos como animales de tiro que como potenciales productores de alimentos. La más común de las carnes domesticadas procedía del cerdo, animal que a menudo vagaba libremente por las ciudades y que podría ser alimentado con todo tipo de basuras orgánicas. Entre las carnes que hoy no se consideran apropiadas para el consumo, se mencionan a veces el erizo y la ardilla en algunas colecciones de recetas. Se incluye en la alimentación cárnica una amplia gama de aves: cisnes, pavos, codornices, perdices y, a veces cigüeñas, alondras y cualquier otro pájaro salvaje que pudiera ser cazado con éxito. Siempre por debajo de la carne en cuanto a prestigio, los pescados se tomaban como alimento alternativo en los periodos de ayuno religioso, tales como la Cuaresma. En cualquier caso, el pescado fresco sólo era ingrediente principal de la alimentación en las poblaciones costeras; en las zonas de interior, su consumo debía limitarse a las variedades de salazones (como el bacalao) y ahumados, así como a los pescados de agua dulce, entre los que figuraban las carpas, las percas, los lucios, la lamprea y las truchas. Los mamíferos marinos, tales como las ballenas, así como el castor, eran considerados como pescados a ingerir en los días de fasto. Las especias eran, pese a su elevado precio y (con frecuencia) su lejano origen asiático o africano, muy demandadas, ya que desempeñaban un importante papel como conservantes y saborizantes de las comidas. De todas ellas, la más común era la pimienta negra, seguida de la canela, el comino, la mostaza, el anís, el jengibre y los clavos; la más exclusiva era el azafrán, empleado más como colorante alimenticio que por su sabor. Era muy habitual emplear como condimento las hierbas que crecían localmente: salvia, eneldo, menta, hinojo y, especialmente, el perejil. El azúcar era un producto muy caro en la Edad Media, y el consumo era por lo tanto muy moderado. La caña de azúcar se cultivaba sólo en el sur de Europa y la remolacha de azúcar estuvo ausente durante varios siglos más. El edulcorante más común era la miel, así como algunas frutas secas y los mostos de uva. Para las clases más favorecidas existían el mazapán y las frutas escarchadas, así como distintos tipos de caramelos.

La revolución en los transportes

En la segunda mitad del siglo XIX se produjo la revolución en los transportes y viene marcada fundamentalmente por la aplicación de la máquina de vapor a los barcos y al ferrocarril.

La Revolución Industrial no hubiese podido prosperar sin el concurso y el desarrollo de los transportes, que llevarán las mercancías producidas en la fábrica hasta los mercados donde se consumían. Estos nuevos transportes son necesarios no sólo en el mercado interior sino también en el comercio internacional, ya que en esta época se crean los grandes mercados nacionales e internacionales.

Aunque la navegación a vela seguiría dominando los mares hasta que los nuevos barcos a vapor fueran superando los inconvenientes iniciales. El problema del almacenamiento de carbón para alimentar la máquina de vapor, que ocupaba demasiado espacio en los barcos iba en detrimento de la carga comercial que éstos podían transportar. Pero se solucionó creando en las rutas marítimas unos puestos de abastecimiento de carbón. Cuando se aplicó el invento de la hélice, los barcos a vapor resultaron el medio de transporte por excelencia en las grandes travesías.

Sin duda alguna, el desarrollo del ferrocarril fue la gran empresa del siglo XIX y las consecuencias de su utilización fueron enormes para la economía facilitando el traslado de mercancías, así como la exportación e importación a otros países. Desde el punto de vista industrial, impulsó de manera considerable la producción de raíles, vagones, locomotoras, etc., lo que requería mucha más mano de obra.

Desde el punto de vista social el desarrollo del ferrocarril modificó las mentalidades al facilitar la movilidad personal y agilizar los intercambios con otras zonas de diferentes costumbres y mentalidades. Incluso en el terreno militar facilitaba el transporte rápido de las tropas así como su avituallamiento en las guerras.

La revolución en los transportes produjo un desarrollo de las comunicaciones mediante la construcción de carreteras, facilitando la emigración. Las ciudades se multiplicaron y se produjo un fuerte aumento de la población. La mayor parte de las fábricas se situaban a las afueras de las ciudades. Muchos campesinos emigraron a las urbes de su país, e incluso, a otros Estados en busca de trabajo. Las carreteras facilitaron todos estos desplazamientos.

Otros avances ligados a la revolución industrial que modificaron de manera importante la vida cotidiana fueron el teléfono, el correo, el telégrafo y la prensa rotativa.

Revolución mercantil

El siglo XVIII es un siglo clave para la evolución del sistema capitalista ya que en él se produce el pasaje del capitalismo Comercial (es decir, del capitalismo en el cual la principal fuente de altas utilidades es la actividad mercantil, complementada con la primera etapa de expansión financiera) al Capitalismo Industrial (originado en la Revolución Industrial,

notoria a partir de 1770) y al cual acompaña una nueva expansión financiera desde la segunda mitad del siglo XIX.

Esa primera etapa de expansión financiera, de concentración de metales, de acumulación de medios de pago, que terminará por canalizar su enorme capacidad adquisitiva hacia la inversión industrial, es la consecuencia de un largo proceso que se inicia en la revolución comunal de la Edad Media y se consolida en la transformación comercial y financiera del siglo XVI.

Paralelamente el cambio se da también en el plano de la política económica, ya que el siglo XVIII significa el pasaje del capitalismo dirigista y reglamentario de la etapa anterior, al capitalismo llamado “concurrential” es decir, de competencia entre las nuevas unidades productivas fabriles en el cual el Estado dejará de cumplir una función orientadora de la economía hasta que vuelva a “intervenir” en ella a partir de la década de 1880.

Para comprender el grado de cambio producido en el siglo XVIII es necesario conocer los antecedentes, en la etapa comercial, que lo posibilitaron.

Sin duda una cierta seguridad general lograda en Europa durante el siglo XIII acompañada de un crecimiento considerable de la población y la reanudación de relaciones más intensas entre Oriente y Occidente a partir de las Cruzadas, provocaron un renacimiento de la vida urbana, tomando por base tanto las viejas “ciudades episcopales” y los “burgos laicos”, cuanto nuevas ciudades que se irán creando en el proceso de expansión comercial, localizadas en los lugares individualizados por las nuevas exigencias mercantiles.

Durante los siglos finales del mundo medieval, que coinciden con lo que se ha llamado la etapa del “proto-capitalismo”, tres hechos merecen destacarse por su proyección ulterior:

El enriquecimiento de los comerciantes.

La nueva clase que despierta y se forma bajo la protección de los grandes muros de viejas y nuevas ciudades (la Burguesía) muestra en esta etapa de su existencia un acelerado proceso de enriquecimiento. Ello debe ser atribuido a diferentes causas, cito tan sólo, los hechos a los que se le han atribuido las causas de esa acumulación de riquezas:

- El renacimiento del comercio del Mediterráneo, entre Oriente y Occidente, que si bien nunca llegó a desaparecer, su volumen carecía del efecto dinámico que adquiriría a partir del siglo XIII (como lo destaca Henri Pirenne)
- Werner Sombart le atribuye ese enriquecimiento a los préstamos a interés, a la ganancia originada en la percepción de impuestos y demás prestaciones para los Monarcas y la Santa Sede y en la valorización de ciertas tierras en razón de la expansión de las ciudades.

– Otros autores han destacado las enormes ganancias originados en los préstamos que la burguesía realizaba a los Monarcas y a las propias ciudades.

La reconstrucción del poder real

En estos años, los monarcas logran ir recomponiendo el poder real alrededor de sus personas, enfrentando a los señores feudales, reconstruyendo el poder del Estado y dejando sus bases planteadas para que surja, en el siglo XVI, el “Estado Moderno”

El pacto social de los monarcas y la burguesía

Se produce una clara alianza entre los monarcas y la nueva clase social de los burgos, en la cual ambas partes buscarán mutuos beneficios. Los Reyes, por un lado, deben obtener nuevos e importantes recursos para financiar el nuevo estado y las guerras contra los señores que su construcción exige. Por su parte la burguesía obtenía nuevas e importantes fuentes de ingresos, orden interior, relativa seguridad en los caminos para que pudieran desenvolver el comercio.

La expansión del capitalismo en el siglo XVI

Durante el siglo XVI el sistema capitalista muestra una fuerza expansiva desconocida hasta entonces, conjuntamente con el “*renacimiento artístico*” y al “*renacimiento Religioso*” (reforma Luterana y Contrarreforma). Este siglo es ya una época de capitalismo, pero inscripto dentro de la revolución comercial, el principal origen de las ganancias no estará en la artesanía sino en el comercio internacional.

Una serie de hechos y circunstancias explican esta expansión del capitalismo durante el siglo XVI:

– Los descubrimientos de nuevas rutas y territorios desconocidos hasta entonces (descubrimiento de la Cabo de Buena Esperanza en África y descubrimiento de América por Colón)

– El alza general de precios del siglo XVI, es decir la inflación de precios iniciada en España y difundida luego al resto de Europa, lo que permitió importante aumento de utilidades al tiempo de constituir un factor decisivo de redistribución de riquezas.

– El espíritu del Renacimiento contribuyó a incrementar el volumen de los negocios y las posibilidades de ganancias. En efecto, el Renacimiento desacredita las preocupaciones ultraterrenales y exalta los gustos y placeres temporales.

La Doctrina mercantilista

Para entender la doctrina, podemos resumir un modelo teórico general con los principios fundamentales de aplicación del mercantilismo en cada país.

Estos principios son los siguientes:

Metalismo: parte de la tesis de la creencia de que el oro y la plata constituyen la riqueza, y por ello, el país más rico sería el que lograra acumular más metales preciosos. Esta es una tesis que surge en la Europa tras el descubrimiento de América, momento en el cual se obtuvieron una enorme cantidad de metales creando una nueva forma de economía monetaria y reducir el trueque.

Poblacionismo: el aumento de población de un país es otro factor para su crecimiento. El mayor ejemplo de este principio fue Alemania, país que incentivaba la inmigración a la vez que evitaba la emigración. Sin embargo, en países como Inglaterra, interfería la colonización.

Industrialismo: el desarrollo de la industria era fundamental para los mercantilistas, siendo una actividad que los estados debían apoyar, tanto apoyando a los bugueses que las creaban, como crearlas por sí mismo, o bien ofrecer subvenciones, proteccionismo comercial facilitar la tecnificación de la producción o elevar la calidad. Francia e Inglaterra son los máximos exponentes de este principio, siendo de los principales promotores de la Revolución Industrial.

Dirigismo: a raíz de lo anterior, los mercantilistas comprendieron que era necesario regular la economía y por ello creían en la intervención del Estado (por ejemplo, con tasas aduaneras a productos importados). No impedía la iniciativa privada, sino que procuraban proteger a la nación y cuando el sentido colectivo se viese protegido, la industria crecería.

Balanza comercial favorable: la clave era que el Estado debía exportar mucho e importar poco, de modo que la balanza comercial siempre fuese favorable para el país.

Carácter nacional de la doctrina: la preocupación de los mercantilistas era «enriquecer a la nación al Soberano», y no el interés individual, algo que se vería tambalear a finales del siglo XVIII con la llegada del liberalismo.